

XI

El sábado, en efecto, Carlos al volver al Ramillete desde la calle de San Francisco, encontró á Ega en su cuarto, metido en un traje de cheviot claro y con el pelo muy crecido.

—¡No chilles mucho—gritóle—que estoy en Lisboa de incógnito!

Declaró á Carlos que sólo iba á pasar unos días allí para comer bien y conversar mejor y que esperaba satisfacer ambos deseos en el Ramillete. ¿Hay una habitación aquí para mí? De momento estoy en el *Hotel Español*, pero ni siquiera he abierto la maleta. Me basta una alcoba y una mesa de pino para escribir una obra sublime.

—Ya lo creo.

Había el cuarto del segundo piso, donde ya pasara él algunos días cuando dejó la Villa Balzac.

—Es un magnífico cubil para el arte... A propósito ¿sabes con quién vine? Con la Gouvarinho. Su padre estuvo á punto de liárselas; pero está restablecido. La encuentro algo flaca; pero con una expresión ardiente. Me habló constantemente de ti.

—¡Ah!—murmuró Carlos.

Ega, con las manos en los bolsillos contemplaba á Carlos.

—Créeme, me habló de ti constantemente irresistiblemente. ¿Cómo no me digiste nada de eso? Seguiste mi consejo ¿eh? Tiene el cuerpo muy bien formado ¿verdad? ¿Y qué tal en el acto amoroso?

Carlos se puso colorado, llamóle grosero y juró que nunca tuvo con la Gouvarinho más que relaciones superficiales.

— Bueno, bueno; ya veo que no quieres confesar, pero no importa; descubriré todo eso con mi mirada de Balzac, el próximo martes.

—¿El martes? Sí, vamos á comer con ella.

—¿Quién, vamos?

—Nosotros. Tú y yo, yo y tú. La condesa me invitó en el tren. Y Gouvarinho, como es de rigor en los maridos, añadió que sí, que debíamos tener también á "nuestro Maia". ¡El Maia de él; el Maia de ella! ¡Santo acuerdo! ¡suavísimo arreglo!

Carlos le miró con severidad.

—Vienes obscuro de Celorico.

—Es lo que se aprende en el seno de nuestra madre la Iglesia.

Carlos tenía también una novedad que decirle; pero Ega ya lo sabía.

—La llegada de los Cohens, ¿verdad? Ya lo había leído en la *Gaceta Ilustrada*.

—¿Y qué impresión te produjo?

El otro encogió brutalmente los hombros:

—Me hizo el efecto de que había un cabrón más en la ciudad.

Y como Carlos le acusara otra vez de traer de Celorico una lengua inmunda, Ega lanzóse en consideraciones críticas, clamando por la necesidad de llamar á cada cosa por su nombre. Aseguró que el vicio se perpetúa porque la Sociedad le da nombres que lo embellecen y lo idealizan. ¿Qué inconvenien-

te puede tener una mujer en besuquear á un tercero entre las sábanas conyugales, si el mundo llama á eso sentimentalmente una novela y los poetas lo cantan en áureas estrofas?

—Y, á propósito: ¿cómo está tu comedia el lodazal?—preguntó Carlos que entraba en el cuarto del baño.

—No la acabé. Era muy feroz y además de eso, volvía á hundirme en la podredumbre lisboeta y á hacerme pensar en lo canalla que es la humanidad.. Se detuvo un momento ante el espejo y dió una mirada descontenta á su chaquetón claro y á sus botas mal lustradas.

—Es preciso vestirme de nuevo, Carlitos. Poole, naturalmente, te habrá enviado ropa de verano y quiero examinar esos cortes de alta civilización. Estoy hecho un cursi, no hay que negarlo.

Pasóse un cepillo por el bigote y continuó hablando para el cuarto de baño.

—Si, chico, lo que necesito es trabajar de veras... Voy á acabar mis *Memorias*. He de hacer una cantidad de arte colosal, en la habitación que me destinan, delante del cuadro de Velázquez. ¡Ah! y á propósito: es necesario ir á cumplimentar á tu abuelo, ya que me va á dar pan y techo...

Encontraron á Alfonso de Maia en su despacho con un volumen de la *Ilustración Francesa*, abierto sobre las rodillas, enseñando las láminas á un pequeñuelo muy bonito, muy moreno, de ojos vivos y pelo enmarañado. El viejo se puso contentísimo al saber que Ega alegraría durante una temporada á los huéspedes del Ramillete con su hermosa fantasía.

—Ya no tengo fantasía, don Alfonso de Maia.

—Pues entonces, alumbranos con tu clara razón,

—dijo el viejo, riendo,—porque de ambas cosas necesitamos, querido John.

Presentóle después aquel caballerito, Manolillo, amable rapaz de la vecindad que de cuando en cuando animaba la soledad de Alfonso, hojeando libros y sosteniendo conversaciones filosóficas.

Ahora precisamente, hallábase muy apurado por no saber explicarle por qué el general Canrobert había mandado matar tanta gente y no había ido á la cárcel.

—Claro está,—exclamó el pequeño, experto y des-  
embarazado;—si mandó matar tanta gente, debía estar en presidio.

—¿Qué te parece de esta lógica, amigo Ega?—dijo Alfonso riendo.—Y añadió dirigiéndole al niño:—Mira, ahora miras tú sólo las láminas y después dile á Juana que te dé de merendar.

Carlos, mientras ayudaba al niño á sentarse á la mesa y le arreglaba el tomo de las *Ilustraciones*, pensó cuánto le gustaría á su abuelo conocer á Rosa.

Alfonso, entre tanto, preguntaba á Ega por su comedia. ¡Qué! ¿ya la había dejado?

Ega quejóse del país, de su indiferencia por el arte. Dijo que los espíritus más originales y potentes, se desesperanzaban viendo la estupidez de la masa burguesa amodorrada y embrutecida, incapaz de interesarse por una idea noble, por una frase bien construída.

—No vale la pena, don Alfonso. En este país, entre esta prodigiosa imbecilidad nacional, el hombre de buen sentido y de gusto, debe imitar á Herculano: debe plantar legumbres ó cuidar sus viñas.

—Pues entonces,—dijo el viejo,— hazte hortelano. Es un servicio de alimentación pública. Pero tú, ni eso haces.

Carlos, muy serio, apoyaba á Ega.

—Si no viene pronto una revolución y hemos de continuar de esta manera, vale más que nos dimitemos como *pais* y nos contentemos con ser una fértil y estúpida provincia española.

El viejo escuchaba con melancolía estas palabras del nieto, en las que adivinaba como una descomposición de su voluntad y que le parecían ser la geosificación de su inercia.

—Pues entonces,—exclamó,—hagan ustedes esa revolución. Pero, por el amor de Dios, hagan algo.

—Carlos, hace mucho—dijo Ega riendo—pasea su persona, sus trajes y su faetón y así educa el gusto.

El reloj les interrumpió, recordando á Ega que debía ir al Hotel Español á buscar su maleta. En el comedor, confesó á Carlos que quería también ir á casa del fotógrafo para retratarse.

—¿Un retrato?

—Una sorpresa que quiero dar el día de su santo á una mujer que endulzó mis horas de destierro.

—¡Ah, Ega!

—¿Es horroroso, verdad? Es la hija del padre Corseo; todo el mundo lo sabe. Además de eso, está casada con un propietario rico que es un odioso reaccionario... Así ataco á un tiempo Religión y Propiedad.

—En tal caso...

—Nadie se debe eximir, amigo mío, de sus grandes deberes democráticos.

El martes, Carlos y Ega fueron á comer á casa de los condes de Gouvarinho. Desde que llegó la condesa, Carlos la vió sólo una vez y fué media hora desagradable de recriminaciones, interrumpidas por algún beso frío. La condesa le hallaba distraído; él, exigente. Después sentóse ella un instante sobre

sus rodillas, y aquel leve y delicado cuerpo, pareció á Carlos un fastidioso peso de bronce.

Por fin la condesa le arrancó la promesa de verse aquella misma mañana, pero Carlos faltó y ahora, yendo hacia su casa, se impacientaba ya pensando en las quejas que tendría que oír y en las mentiras que le sería preciso inventar.

De pronto, Ega, que fumaba en silencio, enfundado en su gabán de verano, tocó la rodilla de Carlos y dijo entre grave y risueño:

—Dime una cosa, si no es un secreto sacrosanto... ¿Quién es esa brasileña con quien pasas todas las mañanas?

Carlos quedó un instante aturdido mirando á Ega.

—¿Quién te habló de eso?

—Dámaso, Dámaso me lo dijo; ó mejor dicho, Dámaso me lo rugió... Porque fué en un sofá del Gremio y con color de apoplejía y á saltos y empujones cuando me lo contó todo.

—Todo, ¿qué?

—Todo. Que te presentó á una brasileña que le gustaba, y que tú, aprovechando su ausencia, te habías metido allí y no salías...

—Todo eso es mentira.

—Entonces, “¿qué es la verdad?,” como preguntaba el viejo Pilatos al llamado Jesucristo.

—Que hay una señora á quien Dámaso suponía haber inspirado una pasión y que me mandó llamar para cuidar á su aya, que está enferma. Como aun continúa mala, voy cada día y la señora Gomes, que ni siquiera es brasileña, no pudiendo tolerar á Dámaso, como nadie le tolera, le ha cerrado la puerta de su casa. Esta es la verdad; pero tal vez yo arranque las orejas á Dámaso.

Ega se contentó con murmurar:

—Así se escribe la historia. Fíese la gente de Guizot.

Llegaron en silencio á casa de los Gouvarinhos, y Carlos sentía aumentar su cólera contra Dámaso. Ya se pronunciaba el nombre de María Eduarda en el Gremio, y lo que Dámaso dijera á Ega lo debía repetir á los otros en el café de la Habana, en el restaurant Silva y quizá en los lupanares.

—Parece que tenemos bastante gente—dijo Ega al entrar en casa los Gouvarinhos, viendo en las perchas varios abrigos de hombre y capas de señora.

La condesa les esperaba en la salita del fondo, vestida de negro, con un cuello de terciopelo en que lucían tres estrellas de diamantes. Allí estaban doña María de Acuña, la baronesa de Alvisu y otra señora gorda y vestida de rojo, y de pie, conversando en voz baja con el conde, un caballero alto, despeinado, grave, de barba rala y que lucía la encomienda de la Concepción.

La condesa, algo colorada, tendió la mano á Carlos; pero todas sus sonrisas fueron para Ega.

El conde apoderóse luego de su querido Maia para presentarlo á su amigo Sousa Netto. Este ya tenía el placer de conocer de oídas á don Carlos de Maia, como médico distinguido... Esta era una ventaja de Lisboa donde se conocían todos, de reputación por lo menos; pues en París, por ejemplo, era imposible. Por eso había tanta inmoralidad y relajación.

—Nunca sabe uno á quién mete en casa.

Ega, enterrado en el diván, entre la condesa y doña María, las hacía reír con la historia de su destierro en Celorico, donde se distraía componiendo sermones para el cura. Y estos sermones, bajo una forma mística, eran de hecho afirmaciones revolucio-

cionarias que el santo barón lanzaba desde el púlpito...

La señora vestida de encarnado, escuchaba á Ega como con espanto.

—Pensaba que había ido usted á Cintra—dijo Carlos á la señora baronesa.—Usted siempre es la primera...

—¿Cree usted que puede irse á Cintra con tiempo semejante?

—En efecto, es infernal.

—¿Y qué cuenta de nuevo?—preguntó ella abriendo su gran abanico negro.

—Creo que nada de nuevo hay en Lisboa desde que murió don Juan VI.

—Sí, actualmente hay su amigo R.

—Es verdad, aquí está, Ega. ¿Cómo lo encuentra usted, señora baronesa?

—Como que nunca me gustó mucho y siempre me pareció presumido, nada puedo decir de él.

—¡Ah, señora baronesa, qué falta de caridad!

El criado anunció la comida. La condesa tomó el brazo de Carlos, y al atravesar el salón, pudo decirle al oído:

—Le esperé media hora; pero presumí que estaría entretenido con la brasileña.

En el comedor, tapizado de color obscuro, la mesa oval, rodeada de sillas de roble tallado, resaltaba alba y fresca, con un espléndido ramillete de rosas en el centro. Carlos se sentó á la derecha de la condesa, teniendo al otro lado á doña María de Acuña.

—¿Qué ha hecho usted durante este tiempo que nadie le ha visto?—preguntóle á Carlos desdoblado la servilleta.

—He vagado por esos mundos, señora...

En frente de Carlos, el señor Sousa Netto, dijo

que durante su viaje á Oporto, la señora condesa debía haber encontrado grandes cambios en edificios y calles... La condesa, por desgracia, no había salido apenas durante los días que permaneció en Oporto. El conde es el que se fijó en los progresos de la ciudad y los detalló con complacencia, mientras que la baronesa y la señora del traje encarnado hablaban del convento de las Salesas.

Carlos, entre tanto, rumiaba las palabras de la condesa. Ella también sabía ya su intimidad con la brasileña. Dámaso andaba difamándolo, y en cuanto el criado sirvió el Santerne había decidido ya darle una paliza á Dámaso.

De repente oyó su nombre. Desde el otro extremo de la mesa una voz decía, lenta y perezosa:

—El señor Maia debe saberlo; el señor Maia ha estado allí.

Carlos dejó la copa. Era la señora del vestido rojo, que le hablaba sonriendo, mostrando unos bonitos dientes en su cara de cuarentoñola pálida. Nadie se lo presentara, ni sabía él quién era. Sonrió y preguntó:

—¿Dónde, señora?

—En Rusia.

—No he estado en Rusia, señora.

Ella pareció contrariada.

—Me habían dicho... No sé quién me lo dijo... Pero era persona que podía saber...

El conde explicaba amablemente que el amigo Maia sólo había llegado hasta Holanda.

—Es un gran país Holanda... En nada parecido al nuestro. Conocí á un holandés que era muy instruido...

La condesa había bajado la vista y puéstose seria, como si la voz de Carlos, resonando tranquila á su lado, despertara su despecho. El, entonces, después

de probar el vino, volvióse hacia ella y dijo muy risueño:

—¡Vea usted, señora condesa! Ni siquiera tuve idea de ir á Rusia. Así sucede con una infinidad de cosas que se dicen y que no son exactas.

La condesa contestó con forzada sonrisa:

—En el fondo de todo dícese que hay algo verdadero. Esto basta... O esto me basta á mí por lo menos...

—La señora condesa, tiene una credulidad infantil... Ya estoy viendo que cree que una vez había una hija de un rey que tenía una estrella en la frente...

El conde le interpelaba; trataba de un libro de un inglés, el comandante Bratt, que atravesaba el Africa y decía enormidades de Portugal. El conde sólo veía en ello un sentimiento de envidia, la envidia que nos tienen todas las naciones á causa de la importancia de nuestras colonias y de nuestra vasta influencia en Africa...

Claro está, decía el conde, que no tenemos los millones ni la marina de los ingleses. Yo que entiendo algo de sistemas coloniales, puedo afirmar que no hay en la actualidad colonias más ricas, progresivas y liberales que las nuestras.

—Sí, tal vez, es posible... Hay mucha verdad en ello.

Pero Ega, que callara un rato, se pronunció alegremente contra las exploraciones africanas y las misiones geográficas.

—¿Por qué no había de dejarse tranquilos á los negros? ¿Qué mal había en que se dejase tranquilos á los salvajes? Con la manía francesa y burguesa de reducir todas las naciones y razas al mismo tipo de civilización, el mundo sería de una monotonía abominable. Dentro de poco tiempo, un hombre sería capaz de enormes sacrificios y gastos para ir

á Tombuctu ¿para qué? Para encontrar allí *negros* con sombrero de copa, leyendo el *Diario de los Debates*.

El conde sonreía con superioridad y la buena doña María, saliendo de su vago abatimiento, movía el abanico y decía á Carlos:

— ¡Este Ega! ¡Este Ega! ¡Qué gracia! ¡Qué *chic!*

Entonces Sousa Netto preguntó á Ega:

— ¿De modo que usted aboga por la esclavitud?

Ega declaró decididamente, que le gustaba la esclavitud. Los disgustos de las actuales generaciones, según él, provenían de haber dado la libertad á los negros. Ahora nadie conseguía tener los zapatos relucientes, ni el arroz bien cocido, ni la escalera bien lavada, desde que no había criados negros á quienes azotar... Sólo hubo dos civilizaciones en que el hombre consiguiera vivir con razonable comodidad: la romana y la de los plantadores de América. ¿Por qué? Porque en una y otra existió la esclavitud absoluta con el derecho de vida ó muerte.

Durante un momento, el señor Sousa quedó como aplastado; pero luego, limpiándose los labios con la servilleta replicó:

— ¿De modo que usted no cree en el progreso?

— No, señor.

El conde intervino afable y risueño.

— Nuestro Ega quiere hacer una paradoja. Y tiene razón porque le sobra talento para decir las magnificas...

Se servía él *jamón con espinacas*. Durante unos minutos se habló de paradojas. Según el conde, quien las ideaba magnificas era Barros, el ministro de Hacienda.

— Talento robusto — murmuró respetuosamente Sousa Netto.

— Sí, y muy brillante — añadió el conde.

Y explicó que no trataba del talento de Barros como parlamentario ni hombre de Estado, sino como particular y hombre de sociedad...

— Este invierno le oímos una paradoja brillante. Creo que fué en casa de doña María de Acuña. ¿No recuerda usted, doña María? Fué una paradoja... No recuerdas, Teresa..

Doña Teresa no recordaba...

Y mientras el conde quedaba rebuscando en su memoria, la del traje color cangrejo hervido, volvió á hablar de criados y de una cocinera que tuvo una tia suya... Quejóse amargamente de los criados modelos... En seis meses mudó cuatro criadas. Son todas unas respononas y unas descaradas...

Lanzó un suspiro y comiendo con desconsuelo una miga de pan, añadió:

— Y tú, baronesa, ¿todavía tienes á la Vicenta?

— Ya lo creo.

La otra la contempló un instante como envidiando aquella felicidad.

— ¿Es Vicenta la que te peina?

Sí, era Vicenta la que la peinaba. La infeliz iba haciéndose vieja y la había dado la manía de aprender el francés. Ya sabía verbos. Era cosa de morirse de risa oír á Vicenta decir *f'aime, tu aimes...*

— La señora baronesa — dijo Ega — fué la que la mandó aprender los verbos más comunes,

Claro está, decía la baronesa, que aquello era lo más necesario; pero en la edad de Vicenta, poco le podría servir.

— ¡Ah! — gritó de repente el conde, dejando casi caer el tenedor. — ¡Ahora me acordó!

Habiase acordado por fin de la soberbia paradoja de Barros. Decía Barros que los perros, cuanto más enseñados... ¡Pues, no, no era eso!

—¡Qué desgraciada memorial! Era una cosa de perros. ¡Una cosa brillante, hasta filosófica!

Hablando de perros, la baronesa preguntó por Tommy, el galgo de la condesa; había tiempo que no veía á Tommy. La condesa ni siquiera quería que se hablase de Tommy. ¡Pobrecito! Le habían salido unas cosas en los oídos... Un horror. ¡Le enviaron al Instituto y allí murió!...

Esta galantina es deliciosa, dijo su vecina de la izquierda á Carlos.

—¡Deliciosa!

La condesa hizo servir nueva galantina.

Con motivo de los perros se hablaba de la *Sociedad protectora de animales*. El señor Sousa, decía que no estaría de más que el Gobierno le diese una subvención.

—Creo que prospera, y lo merece... Me parece que la *Protectora de animales* es una de las sociedades más útiles.

Volvióse hacia Ega y preguntó:

—¿Usted pertenece á ella?

—¿A la de *Animales*? No, señor. Pertenezco á la de *Geografía*. Soy de los protegidos.

La baronesa soltó una alegre carcajada. La condesa y Carlos rieron también y de repente, la frialdad que entre ambos reinaba pareció disiparse al calor de aquella risa y al brillo de sus dos miradas que se encontraron.

Se había servido el champagne y estaba ella algo colorada. Su pie, sin ella saber cómo, rozó el de Carlos. Sonrieron otra vez, y mientras en el resto de la mesa se hablaba de unos conciertos, Carlos le dijo en voz baja:

—¿Qué tontería es esa de la *brasileña*?

Ella le confesó que Dámaso se lo había dicho afir-

mando que se pasaba las mañanas enteras allí y que le había dejado entrever una *liaison*.

Carlos se encogió de hombros. Como podía creer á Dámaso. Debía conocer su tontería, su imbecilidad.

—Es verdad que voy á casa de esa señora, que ni siquiera es brasileña, sino tan portuguesa como yo; pero voy porque tiene el aya enferma de una bronquitis y soy el médico de la casa. Dámaso mismo fué el que me llevó allí como médico.

—Pero Dámaso me ha dicho que era tan linda...

Un médico no tenía nada que ver con la hermosura ó fealdad de sus clientes y no podía exigir de ella un certificado de fealdad.

—¿Y qué hace aquí?

—Espera á su marido que está en el Brasil por asuntos de intereses. Es gente muy distinguida y creo que muy rica. Mis visitas son de médico, así es que apenas he hablado con esa señora algo de Paris y Londres...

La condesa bebía aquellas palabras deliciosamente, dominada por las miradas que las acompañaba, y su pie apretaba el de Carlos en una reconciliación apasionada con la fuerza que deseara poner en un abrazo, si allí se lo pudiera dar.

La señora del traje encarnado volvía á hablar de Rusia. Lo que la asustaba era el país, por lo caro y porque se corrían tantos peligros á causa de la dinamita. Entonces Carlos advirtió que era la esposa de Sousa Netto y que se trataba de un hijo de ellos, un hijo único que había ido de segundo secretario á San Petersburgo.

—¿No conoce usted al muchacho?—preguntó doña María de Acuña, á Carlos, ahogando sus palabras con el abanico.—Es un prodigio de estupidez, ni siquiera el francés sabe. Pero poco más ó menos es

como los otros. Todos los que nos representan en el extranjero son tontos lo mismo que él. Este es un país desgraciado.

—Peor, señora, mucho peor; este es un país cursi.

Había acabado la comida; las señoras se levantaron en el momento en que Ega, aun á propósito de Rusia, contaba una anécdota tendiendo á demostrar que el czar era un estúpido.

Los hombres, ya solos, encendieron sus cigarros y el criado sirvió el café. Entonces el señor Sousa Netto, con la taza en la mano, se acercó á Carlos para expresarle de nuevo el placer con que le conociera. También tuvo el placer de conocer á su padre de usted, á don Pedro de Maia. Empezaba yo entonces mi carrera política... Y el abuelo de usted ¿sigue bien?

—Sí, señor; muchas gracias.

—Persona muy respetable... El padre de usted era... era lo que se llama un elegante... Conocí, asimismo, á su madre de usted...

Y de repente callóse embarazado, llevándose la taza á los labios. Después, lentamente, se volvió para escuchar á Ega que hablaba de mujeres con Gouvarinho. Ega decía que la secretaria de la Legación de Rusia era deliciosa, con su cuerpo nervioso y ondulante y sus grandes ojos garzos. El conde alababa su instrucción. Eso, según Ega, la perjudicaba, porque á juicio suyo, una mujer debe ser ante todo bella y después estúpida...

—Sin embargo, es agradable que una señora pueda conversar sobre cosas amenas... acerca de una revista ó... por ejemplo, cuando se publica un libro... No diré que juzguen á un Guizot, ó á un Feuillet, ó á un... En fin, una señora debe ser instruida. ¿No le parece, Netto?

Netto murmuró muy serio.

—Sí, una señora debe tener algunas prendas...

Ega protestó con calor. Una mujer con prendas y sabiendo decir cosas sobre el señor Thiers ó el señor Zola, es un monstruo, un fenómeno que debiera exhibirse en un Circo Ecuestre. Una mujer sólo debería tener dos prendas: guisar bien y amar bien.

—¿Sabe usted, señor Sousa Netto, lo que dice Proudhon?

—No recuerdo textualmente, pero...

—En todo caso, supongo que usted conoce al dedillo las obras de Proudhon.

El otro muy secamente y no gustándole seguramente aquel interrogatorio, murmuró que Proudhon era autor de mucho nombre.

Pero Ega insistía con impertinencia páfida.

—¡Supongo que usted ha leído como todos nosotros sus hermosas páginas sobre el amor!

El señor Netto, ya amoscado, dejó la taza encima de la mesa y quiso ser sarcástico, dar una lección á aquel mozo tan descarado y audaz.

—No sabía - dijo con sonrisa de superioridad - que ese filósofo hubiese escrito acerca de asuntos escabrosos.

—¡Oh! señor Sousa ¿cómo un jefe de familia puede decir que el amor es escabroso?

El señor Netto se amoscó de veras. Y de un modo muy serio y digno, dijo:

—Es costumbre mía, señor Ega, no entrar nunca en discusiones y acatar las opiniones ajenas hasta cuando me parecen absurdas.

Volvió la espalda á Ega y se puso á hablar de viajes con Carlos. Lamentaba que sus ocupaciones no le permitiesen viajar. Ni siquiera había estado en Badajoz...

— ¿Qué le gusta á usted más, París ó Londres?

Carlos no sabía, ni había comparación posible..



Dos ciudades tan diferentes, dos civilizaciones tan originales...

—En Londres—observó el consejo—todo es carbón...

—Sí,—contestó Carlos sonriendo—bastante carbón, sobre todo en los fogones y cuando hace frío.

El señor Sousa Netto, murmuró:

—El frío debe ser allí muy intenso, es ya una región del Norte.

Estuvo un momento chupando el cigarro con los ojos cerrados. Luego hizo esta observación sagaz y profunda.

—Pueblo práctico, todo esencialmente práctico.

—Sí,—bastante práctico—dijo Carlos, adelantando un paso hacia la sala, donde se oían carcajadas de señoras.

—Dígame otra cosa—prosiguió el señor Sousa.—¿También hay en Inglaterra literatos, folletinistas y poetas?

Carlos dejó la punta del cigarro en el cenicero y contestó con descaro:

—No, ni uno.

—Ya me lo figuré—murmuró Sousa Netto—toda es gente de negocios.

Penetraron en la sala. Ega era el que hacía reír á las señoras, hablándolas de Celorico, contándoles una reunión de allí, con detalles picarescos sobre las autoridades y acerca de un cura que había muerto á un hombre y cantaba *fados* sentimentales al piano. La señora del vestido rojo miraba á Ega como quien mira á un payaso. Doña María, junto á la mesa, ojeaba una *Ilustración*; viendo que Carlos al entrar buscaba con la mirada á la condesa, llamóle y díjole en voz baja que había ido adentro á ver á Carlitos, al niño.

—Es verdad—dijo Carlos sentándose al lado de ella—¿qué se ha hecho del lindo Carlitos?

—Dicen que está constipado y un poco triston.

—Usted también parece malhumorada.

—Es el tiempo. Yo ya estoy en una edad en que el buen humor ó el fastidio provienen de influencias del tiempo... A su edad provienen de otras cosas. ¡Ah! dígame. ¿También han llegado los Cohens?

—Llegaron—dijo Carlos,—pero no *también*. El *también* implica combinación. Y la Cohen y Ega han llegado realmente al mismo tiempo por casualidad. Por otra parte, esto es una historia antigua, es como los amores de Elena y Páris.

En aquel instante la condesa volvía de las otras habitaciones y sin sentarse se quejó de la angustia que sentía por Carlitos. Estaba tan ardoroso, tan inquieto... Tenía miedo de que fuese el sarampión.

Y volviéndose vivamente hacia Carlos, dijo sonriendo:

—Me da vergüenza... Pero si don Carlos de Maia quisiese tomarse la molestia de venir un instante... Es odioso verdaderamente pedirle que después de comer vea un enfermo...

—¡Oh, señora condesa!—contestó Carlos ya en pie.

Siguióla. En una salita, al lado, estaban el conde y el señor Sousa, que enterrados en un sofá conversaban fumando.

—Me llevo á don Carlos de Maia para ver al niño.

El conde se incorporó un poco sin comprender bien. Pero ella ya había pasado. Carlos seguía en silencio su larga cola de seda negra y así llegaron á un gabinete donde había un viejo sillón y algunos libros en unos estantes. Allí, bruscamente, detúvose